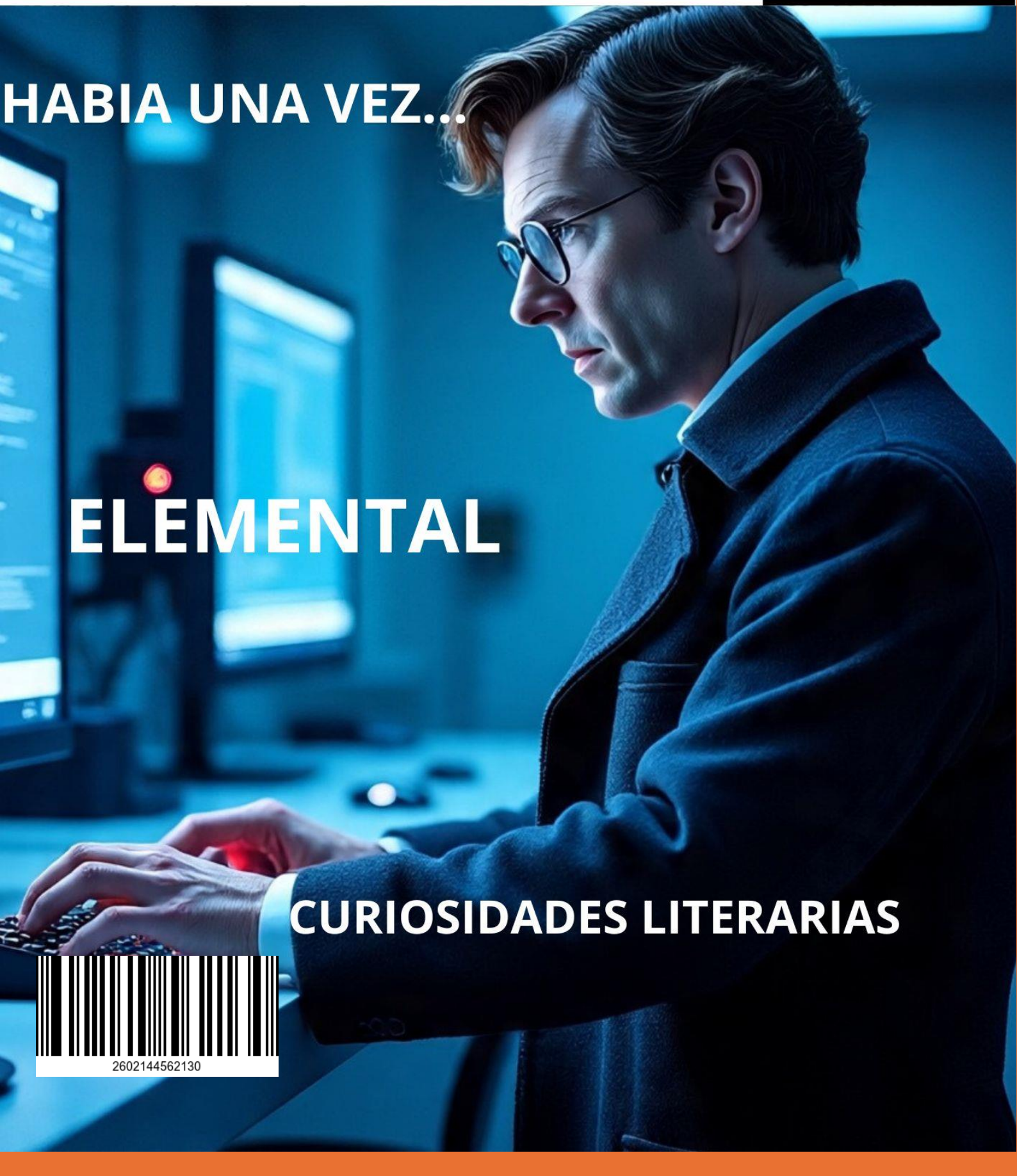
EL HERALDO

N°27 ENERO 2026



HABIA UNA VEZ...

ELEMENTAL

CURIOSIDADES LITERARIAS

2602144562130

Indice

Carta del Editor 3
Curiosidades literarias 4
Ojo de Cristal 8
El caso de Baker Street ..... ….15
El misterio del Conde de Rocacueva ..... ….21
Tertulia Poética ..... ….25

CARTA DEL EDITOR

Asumir el papel de investigador, desentrañar los elementos que pueden llevar a resolver el crimen, descubrir al autor intelectual o criminal que llevó a cabo el delito, tomar declaración testimonial: el escritor, como Arthur Conan Doyle a través de su personaje literario icónico, Sherlock Holmes, actúa en la Inglaterra de finales del siglo XIX y principios del siglo XX, marcando un antes y un después en el género literario policial.

Muchos escritores, junto a Doyle, como Edgar Allan Poe y Agatha Christie, fueron los pilares fundamentales de este nuevo género; Raymond Chandler y Georges Simenon desarrollaron el género negro, junto a figuras hispanoamericanas como Jorge Luis Borges y Adolfo Bioy Casares, entre otros.

El Heraldo asume, en este número, el desafío de presentar a algunos de los escritores del club literario de El Reino Olvidado que han tenido la osadía de empuñar su pluma y explorar este universo literario.

Curiosidades literarias: Los detectives y la literatura

Por Michel Pérez Pino

La novela de detectives ha sido, desde el surgimiento de la literatura, uno de los géneros más amplios y abordados. Conocida también como literatura policiaca, el protagonista —ya sea policía o detective— es un ser humano con una sagacidad a prueba de todo y, como engranaje mecánico perfecto, es capaz de ir hilvanando pistas y teorías hasta alcanzar el resultado final: atrapar al asesino.

Paciencia, quietud y curiosidad unidas constituyen la base de la perfecta detective, capaz de observar durante el tiempo necesario y en las circunstancias más adversas a quienes se consideran sospechosos.

Tampoco es de extrañar que la novela de detectives se haya convertido en la lectura favorita del mundo occidental contemporáneo. Es un tipo de literatura que entretiene, mantiene en todo momento el interés por la lectura, ejercita la mente y arroja luz sobre aspectos de la sociedad que trata; de esta manera cumple los dos preceptos clásicos de la literatura: instruir y divertir.

En las últimas décadas del siglo XX aparecen en la literatura policiaca diversos matices culturales, geográficos y generacionales, ampliando así las posibilidades temáticas del género y multiplicando su aspecto social. Más aun, la novela de detectives da por asumido que la política y las leyes son un todo establecido que hay que defender y al que se hay que ajustarse; asimismo, acepta como verdad universal su definición más elemental: “el

descubrimiento, por parte de un investigador profesional o amateur, de cómo, por qué y quién cometió un crimen". Cuando se da respuesta a estas preguntas, siempre a la luz de la verdad anteriormente citada, se equilibra de nuevo el orden establecido, establecido para tranquilidad del grupo social dominante.

Este tipo de novelas suele presentar un grupo razonable de personas sospechosas, a menudo reunidas en un mismo entorno, como en las obras de Agatha Christie, mientras que la sospecha va recayendo en una u otra a través de la investigación, en un juego literario muy gratificante, admitido por escritor/a y lectores.

Hay también en las novelas diferentes testigos, cada uno con su versión mediatizada por sus emociones, creencias o prejuicios. Esto confiere interés a la trama y, a la vez, traza retratos psicológicos de la sociedad, aunque no debemos perder de vista que lo que pretende la novela de detectives es estimular el intelecto, no despertar las emociones de quien lee. Estas características se han mantenido a lo largo del siglo y medio que lleva el género desarrollándose; si bien, con el advenimiento del postmodernismo, en las últimas tres décadas se ha dado paso a la estética literaria como un juego de detección en sí misma.

En la estructura tradicional de la novela de detectives se sigue buscando que la trama sea exacta y sucinta hasta donde lo permita el desarrollo de la investigación; es decir, no se debe olvidar que lo que importa no es el crimen en sí, sino el proceso de detección.

Puede decirse que el género, como tal, fue creado por Edgar Allan Poe, de quien se celebraron en 2009 los 200 años de su nacimiento, con su detective de salón Auguste Dupin y su acompañante narrador. Le sigue de cerca Wilkie Collins (1824-89) con el primer detective de la literatura

inglesa, el sargento Cuff, que aparece en una magnífica novela, La piedra lunar (1868). Este mismo autor escribe otra famosa obra detectivesca, La mujer de blanco (1860), en la que inscribe a la primera mujer que practica la investigación policial, Anne Rodway. En referencia a los inicios de la novela policiaca, no podemos dejar de mencionar a Sir Arthur Conan Doyle, quien inaugura en 1887 la serie de Sherlock Holmes y Dr. Watson, de la que tanto se ha escrito.

En la fase femenina, que cuenta con un antecedente notable —The Circular Staircase (1908) de Mary Roberts Rinehart— se encuentra la obra de Agatha Christie y su detective Miss Marple, Amanda Cross con su detective Kate Fansler, y Dorothy Sayers, Josephine Tey y Margery Allingham, por nombrar a las más conocidas. Se trata de mujeres que llevan a cabo la detección desde casa: no salen a buscar pruebas, solo recogen aquellas que se cruzan en su camino y desentrañan el misterio por deducción lógica, en lo que Freeman Wills Croft denomina "una exhibición de gimnasia mental".

En América Latina se han creado personajes legendarios dentro de este género, que además aportan nuevos usos y funciones del mismo. En 1991 nace, de la pluma del novelista cubano Leonardo Padura, el detective Mario Conde, personaje principal de la tetralogía conocida como Las Cuatro Estaciones. A través de Conde, no solo podemos echar un vistazo hacia la Cuba de los 80, sino además se nos presenta una nueva propuesta de la narrativa policial, en la que se relata parte de la historia oscura de la isla. A Conde le precede Isidro Parodi, de los argentinos Jorge Luis Borges y Adolfo Bioy Casares; Belascorán Shayne, del mexicano Paco Ignacio Taibo II; y Mandrake, del brasileño Rubem Fonseca. Estos personajes encabezan cuatro ciclos de la literatura policiaca en América Latina, cada

uno tomando cualidades clásicas del género y reinventándolas en su realidad latinoamericana.

Por tanto, haciendo un análisis exhaustivo del caso en cuestión, la novela detectivesca sigue siendo un referente literario a nivel mundial, tanto para escritores como para lectores; así que, parafraseando a uno de los detectives más famosos de la literatura: “Elemental, mi querido Watson, salgamos tras la búsqueda del asesino”.

Ojo de cristal

Por: María Isabel Méndez

—Veamos qué tenemos aquí —dijo, en un largo bostezo, el detective Keiner Bulltom, sentándose en su silla giratoria frente a su escritorio madrugador. Como siempre, le acompaña una taza de café amargo a las 5:00 a.m. y un delicioso croissant de hojaldre con jamón de pavo y queso crema, extremadamente suave y crujiente, para comenzar su faena entre tantos papeles.

Tras dieciséis semanas de ardua investigación, compilando minuciosamente los detalles, algo agotado por los desvelos y también la artritis que le ha hecho doler las caderas y su rodilla izquierda a causa de innumerables visitas a las clínicas, exhausto por los interrogatorios al grupo de galenos e incluso un par de viajes al continente asiático, el veterano de ciencias criminales, de 68 años bien cumplidos y con una carrera incorruptible, no se dio por vencido hasta encontrar el eslabón perdido… concluyó con el siguiente expediente, el cual presentaría junto al abogado defensor, Lucas Senkler, en la corte, ante el juzgado pertinente al caso Schindler–Smith. Este es su reporte.

La casa olía a mausoleo y, además, se había ocultado el brillo de la luna; era mudo el crepúsculo. El viento perezoso no mecía aquel follaje verdoso de cipreses, que se veían a través de la ventana del dormitorio de la abuela Elena. Pamela y Ricardo estaban en la cocina preparando té de manzanilla para calmar los nervios, mientras el Dr. César Chinchilla, en conjunto con

su enfermera, vigilaban la fiebre que aquejaba a la anciana. Las horas de vida de aquel cuerpo calavérico de 78 años se difuminaban con extrema agonía, y los nietos impacientes no veían con claridad la hora en la que dejara de respirar. Gracias a Dios, para aquella pobre mujer sus días no terminaron en aquel lugar aquella noche.

Primavera de 2003, hace ocho meses atrás.

Eran las 3:23 a.m. del día jueves cuando la abuela Elena se aproximó, llevada por su silla especial, cómoda y silenciosa, a la sala de estar, y notó que Pamela y Ricardo estaban en la biblioteca, revisando con afán los documentos del abuelo Otto, quien acababa de fallecer. Se acercó con sigilo, asomándose por la hendidura de la puerta, viendo la escena antes descrita; de pronto, sintió un certero garrotazo en la cabeza y perdió el conocimiento… "lamentándolo mucho, no recuerda nada más".

La funeraria Quo Vadis estaba a media hora de camino del lugar donde se encontraba la familia Schindler–Smith. En la llamada matutina de Pamela había algo extraño, por lo que el señor Peter, dueño de la funeraria, mandó a sus dos empleados de confianza —quienes eran sus mejores choferes— a la misión de recoger el cadáver del señor Otto para prepararlo y darle cristiana sepultura en el mausoleo de la familia.

Al llegar a la casa del lago, Carlos y Martín, dos hondureños que llevaban muchos años trabajando para el señor Peter, procedieron a buscar el cuerpo sin hacer muchas preguntas. Pamela se veía muy bien y Ricardo, ni hablar: los dos hijos gemelos de la pareja estaban en el sofá de la sala jugando una partida de naipes.

Era un escenario patético: en vez de lágrimas, solo hubo una pregunta por parte de aquellos engendros:

—¿A qué hora será la cremación?

—¿Cremación? ¿Cuál cremación? —respondió Martín.

—La de mi señor padre, ¿cuál más? —contestó Pamela con repugnante ironía.

—Su padre será enterrado, no cremado; así está asentado en el contrato de la compañía.

—A estas alturas usted debería estar enterada, señorita Pamela.

—Su padre fue un hombre muy comunicativo; me extraña que usted no supiera que cambió de opinión hace más de cinco años, cuando renovó su contrato de seguro funerario —acentuó Martín, el chofer principal.

Fue una noticia que cayó de sorpresa para Pamela y los suyos. Sin más palabras, procedieron a llevarse el cuerpo medio frío, medio tieso del difunto, no sin antes preguntar por la vida de Doña Elena, quien aún estaba en la silla de ruedas (con la cabeza hacia abajo, como loro comiendo alpiste) y parecía estar dormida.

—¡Ah! Mi madre está dormida —dijo Pamela, con una mueca gélida en su famélico rostro, por causa de su incurable y perenne anorexia.

—Pues llévela a descansar. ¿Acaso no se da cuenta que no debe estar cómoda? —exclamó indignado.

Por ser una familia de pocos miembros, no asistió mayor número de familiares; en cambio, hubo una enorme presencia de personas del burgo durante las 48 horas de ceremonia en la capilla, agradecidos de la bondad de la pareja de ancianos por tantos años de caridad a los geriátricos, orfanatos, centros de acopio y refugio.

El sepelio

Llegó el momento de enterrar el cuerpo del señor Otto, y los rufianes herederos de las compañías solo querían echar a todos de su presencia. Muchos preguntaron por Doña Elena, pero esta estaba indispuesta para acudir al acto, por lo que la dejaron al cuidado de personal calificado, alegando la familia.

Durante ocho meses, los zagaletones de los gemelos derrocharon buena parte de la fortuna que heredó la abuelita Elena, dando mal uso en prostíbulos, viajes vanidosos y casinos. Ricardo y Pamela, por su parte, se dieron vida de reyes y contrataron a una pareja de extranjeros, quienes eran profesionales en su país: ella enfermera y él doctor intensivista. Cabe destacar que aceptaron trabajar clandestinos porque no tenían los documentos en regla y no tenían cómo sobrevivir; recién habían migrado.

A los gemelos Antoni y Jack se les ocurrió pagar menos honorarios médicos; prefirieron aconsejar a sus padres en buscar un servicio que los librara de cancelar impuestos por el cuidado médico (para la abuela Elena, quien merecía estar en mejores condiciones). Pero ese fue el sello de su condena. Doña Elena se hizo amiga de César y Camila, la enfermera. Juntos armaron un plan para descubrir la verdad del trato hacia ella de parte de Pamela y su familia.

A la abuelita no le quedaba mucho tiempo de vida; por lo que, al saber su situación de salud, cobró ánimo y aceleró el proceso, mostrando mejoría a su familia y pidió que se cumpliera su última voluntad. Quería morir en Suiza, el país natal de sus padres; deseaba estar en la casa de campo donde conoció a Otto en unas vacaciones, y desde allá puso en marcha su maravillosa idea.

En primer lugar, pidió amparo en el tribunal, solicitando una orden de alejamiento de su hija, su yerno y sus dos nietos. En segundo lugar, pidió protección para César y Camila y la tramitación de sus documentos legales para estar libres en cualquier parte del mundo, en agradecimiento por haber cuidado de ella con tanto amor.

El tribunal le concedió todo lo solicitado, después de un feroz enfrentamiento entre abogados de parte de su hija, quien se salió con la suya quedándose con la posesión de dos empresas, la mansión y los dos autos de colección en Estados Unidos. Pero esta no tomaba en cuenta que durante ocho meses gastaron más de lo debido sin reponer un solo centavo, lo que ocasionó la quiebra total, dejándola en la ruina.

Doña Elena vivió en paz durante cuatro meses con una pareja de desconocidos que llegaron a ser su refugio en medio de tanto egoísmo. Conoció la bondad del mexicano, su idiosincrasia y su capacidad para soportar el yugo de quien tiene más poder y, aun así, ser amable.

De las empresas americanas no podía ofrecerles nada porque lo perdió todo. Pero quedaba una fábrica de chocolate, el mejor chocolate que se consumía en Suiza; era la herencia de su padre, la cual decidió entregarles en forma de pago por haber cuidado de ella, aun cuando no recibían el dinero suficiente por atenderla. Era costumbre de su familia casarse con el acuerdo de separación de bienes: “y eso sí que fue algo verdaderamente bueno, para el postrer futuro al casarse con Otto”; como hija única y heredera absoluta, supo cuidar y administrar.

Como única garantía de que Pamela no pudiera reclamar nada a César y su esposa, pidió que se practicara la exhumación de los restos de su esposo porque sospechaba que los gemelos lo estaban envenenando en complicidad con Ricardo. Por eso lo convenció de que cambiara el contrato

en la funeraria y su cuerpo fuera enterrado y no cremado. Además, indicó que al momento de su fallecimiento se extrajera su ojo izquierdo, el cual era de cristal, pero que en realidad contenía un dispositivo de alta tecnología hecho en Corea, que desde el mismo instante de ser implantado grabó hasta el último momento de su vida. (El globo ocular reveló la maldad de muchos años). Elena se practicó la cirugía en secreto debido al miedo que le tenía a Pamela. La anciana perdió la visión de ese ojo a causa de glaucoma, pero nunca reveló esa verdad. Su operación sucedió en un invierno, durante unas vacaciones que decidió tomarse a solas como descanso, pero que en realidad era un pretexto para realizar el implante, sin que nadie lo supiera.

Cuando Pamela se enteró de que su madre dejó en buena posición al doctor y su esposa, no pudo hacer nada; solo lamentarse y desearle la muerte después de muerta, repitiendo una y otra vez:

—Yo sabía que ese ojo era extraño, vieja estúpida, ¿por qué nunca te lo pinché?

La pobre infeliz terminó cavilando perdida en las calles, entre harapos. Ricardo logró escapar de la justicia humana, cometió bigamia con una millonaria a la cual también estafó y huyó con todo el dinero en su cuenta. Finalmente, durante un crucero en Filipinas, se envenenó mientras disfrutaba de la gastronomía exótica; al querer comer un pez globo, feneció frente a los demás tripulantes. (Qué ironía de la vida).

Antoni y Jack, los gemelos de 32 años de edad, luego de varias audiencias asumieron los cargos y fueron sentenciados a cadena perpetua al ser imputados por el delito de asesinato en primer grado, complicidad, premeditación y alevosía, y violencia de género al atacar a Elena Smith, su abuela, en su estado de vulnerabilidad.

César y Camila dieron gracias a Doña Elena, y en gratitud mantienen vivo su legado; continúan ayudando a geriátricos, orfanatos, centros de acopio, además de un centro de salud para ciudadanos extranjeros a bajos costos. Favor con favor se paga.

El caso de Baker Street

Por la Dra. Johana H. Watson

El invierno se había instalado en Londres con una perseverancia casi intelectual. Una niebla espesa reptaba por Baker Street como un pensamiento no resuelto, amortiguando los pasos, apagando los sonidos, obligando a la ciudad a hablar en susurros. Aquella mañana encontré a Sherlock Holmes de pie junto a la ventana; a un lado reposaba una taza de café, la pipa apagada entre los dedos, la mirada fija en un punto indefinido del exterior, como si analizara una ecuación invisible que solo él podía resolver.

—Williams —dijo—, ¿ha considerado alguna vez que el silencio puede ser una forma de advertencia?

No respondí de inmediato. Conocía bien ese tono: la calma previa a una tormenta mental. Holmes llevaba varios días sin aceptar casos, una señal inequívoca de que su mente, siempre voraz, comenzaba a volverse contra sí misma en busca de estímulo.

Un golpe seco en la puerta interrumpió la quietud. La señora Emma anunció a un visitante. Era un hombre alto, blanco, delgado, de pelo negro; su traje era elegante y su mirada profunda, aunque visiblemente alterado. Sus manos temblaban al sostener el sombrero, y su abrigo mostraba señales de haber sido usado sin cuidado.

—Mi nombre es Arthur Jouvin —dijo con una voz poco entendible—. He venido porque temo por mi vida… y por algo aún peor.

Holmes se giró entonces y lo observó con esa mirada que parecía atravesar capas de piel, miedo y excusas.

—Usted no teme morir, señor Arthur —respondió—. Teme desaparecer sin dejar rastro. Tome asiento y cuéntenos.

Holmes hizo un leve gesto con la mano, invitando al visitante a sentarse. Arthur obedeció con rigidez, como si temiera que incluso el mobiliario pudiera delatarlo. Al acomodarse en la silla frente a la chimenea, dejó el sombrero en el suelo y pasó la mano por su frente húmeda.

—Desde hace tres semanas —comenzó— he recibido cartas. No amenazas comunes, entiéndame, sino… advertencias. Fragmentos. Frases sueltas que parecen conocer detalles de mi vida que jamás he compartido con nadie.

Holmes se sentó frente a él, cruzando los dedos, atento.

—¿Puede describir el contenido de esas cartas? —pregunté yo.

—No contienen firma ni dirección. Solo frases como: "Usted no recuerda lo que prometió", o "El silencio no siempre protege", "Huir no es la solución". La última llegó ayer. Decía: "El martes, Baker Street escuchará lo que usted calló".

Holmes levantó la mirada hacia el reloj de pared.

—Y hoy es martes —dijo con suavidad—. Continúe.

Arthur tragó saliva.

—Trabajo como archivista en el Ministerio del Interior. Mi labor es clasificar documentos antiguos. Hace dos meses encontré un expediente que no figuraba en ningún registro oficial. Un caso cerrado… pero nunca resuelto. Involucraba a un hombre que murió en circunstancias sospechosas, y cuyo nombre… es el mío.

El silencio cayó como una manta pesada. Holmes no se movió, pero su atención era absoluta.

—¿Se refiere a un homónimo? —pregunté.

—No. La fecha de nacimiento, el lugar, incluso una cicatriz que tengo en el brazo izquierdo… todo coincidía.

Holmes se levantó de un salto y comenzó a caminar por la habitación.

—Usted no fue seguido hasta aquí —afirmó—. Sus botas están limpias, su abrigo carece de humedad reciente y no muestra señales de vigilancia nerviosa. Sin embargo, su miedo es genuino. Lo que lo persigue no camina detrás de usted: vive en lo profundo de su memoria.

—Ese expediente… hablaba de un experimento psicológico llevado a cabo durante mi infancia. Algo relacionado con la supresión de recuerdos traumáticos. Yo… no recuerdo nada de eso.

Holmes se detuvo.

—Porque no debía recordarlo —dijo—. Hasta ahora.

Pidió ver las cartas. Arthur las extrajo de un sobre arrugado y amarillento. Holmes las examinó con atención, olfateó el papel, observó la tinta y las tocó más de una vez.

—No hay prisa en la escritura —murmuró—. Quien escribió esto sabe que el tiempo está de su lado. La tinta es reciente, pero el papel no. Procede de antiguos formularios gubernamentales en desuso desde hace al menos veinticinco años.

—¿Entonces el autor trabaja en el Ministerio? —pregunté.

—O trabajó —corrigió Holmes—. Y conoce el expediente.

Holmes se acercó a la ventana y observó la niebla.

—Señor Arthur, ¿recuerda usted haber tenido un hermano?

Arthur cerró los ojos con fuerza.

—No.

—Sin embargo, lo tuvo —continuó Holmes—. Un gemelo. Separados tras un incidente que el Ministerio decidió borrar. Usted fue rehabilitado. Él, no.

El hombre se llevó las manos al rostro.

—Entonces… ¿las cartas?

—No buscan matarlo —respondió Holmes—. Buscan ser escuchadas.

Esa misma noche, guiados por una intuición que solo Holmes parecía comprender, nos dirigimos a un antiguo edificio abandonado en Whitechapel, registrado como almacén de archivos destruidos. Allí, entre estanterías cubiertas de polvo y documentos olvidados, encontramos a un hombre delgado, de mirada febril y rasgos muy similares a los de Arthur.

—Llegas tarde, hermano —dijo con voz quebrada, casi ahogada—. Pero no demasiado.

No hubo violencia. Solo palabras. Confesiones. El gemelo había sobrevivido al experimento, pero a costa de su estabilidad mental. Durante

años había vivido en los márgenes, observando desde las sombras cómo su identidad era negada, archivada, silenciada y olvidada.

Holmes escuchó sin interrumpir.

—El silencio —dijo finalmente— no siempre es ausencia. A veces es una condena que no deja vivir.

El caso nunca llegó a los periódicos. El Ministerio intervino discretamente. El expediente fue reabierto. El gemelo recibió atención médica. Arthur, aunque marcado, recuperó una parte importante de su pasado.

Días después, Holmes volvió a su habitual quietud.

—Dra. Watson —me dijo—, hay misterios que no piden ser resueltos, sino reconocidos.

Miré la niebla disiparse lentamente en Baker Street y comprendí que, incluso para la mente más brillante, algunos enigmas no se vencen con lógica, sino con humanidad.

El misterio del Conde de Rocanueva

Michel Pérez Pino

Manuel Alejandro Enríquez y Sepúlveda, se consideraba un tipo normal, sin embargo, la rancia jerarquía de la nobleza española lo calificaba como un excéntrico, temerario y filántropo, que derrochaba a raudales la fortuna de su abolengo. Su padre había buscado cientos de motivaciones; que a su entender eran viables, para que el joven entrara por el "buen camino". Todos los intentos del Conde de Rocanueva fueron en vano.

A Manuel no le interesaban en lo absoluto las fiestas en la corte, ni las cenas familiares. Mucho menos seguir las pautas que dictaba la aristocracia. Cuando ingresó en la universidad cambió tres veces de carrera y terminó estudiando Historia Antigua, algo que terminó de causar el colapso de su familia que aspiraba a que siguiera los pasos de su padre.

Comenzó a viajar por el mundo en busca de aventuras Su pasión por investigar y resolver enigmas, lo llevó a viajar a los más disímiles lugares de la Tierra. Un día podía ser visto en Egipto y otro, tras la pista de una escultura en Babilonia o del asesinato de un antiguo soberano.

Su espíritu lo llevó hasta unas ruinas oceánicas recién descubiertas, en lo profundo de un enorme cañón. Alquiló un batiscafo ruso y comenzó el descenso. El silencio de la inmensidad lo rodeó por completo y se sintió feliz. Nunca había experimentado aquella sensación. Llegó a imaginarse explorando el espacio exterior. En medio de la euforia, se vio rodeado por cientos de medusas luminiscentes que se acercaron al aparato, de repente, algo en el robot submarino comenzó a fallar. Siguió todos los procedimientos y nada resultó, trató de comunicarse con la superficie y tampoco. Se dejó caer hacia atrás en el asiento y cerró los ojos, mientras una voz resonaba en sus pensamientos

<< No es en el fondo del océano, Manuel. Tu verdadera búsqueda no ha comenzado aún. >>

Desde el barco donde comprobaban los parámetros del equipo, al observar que Manuel no contestaba, comenzaron sin pérdida de tiempo la extracción. El largo brazo mecánico llegó con su carga a la superficie. El "conde" como lo llamaban los rusos de a bordo, se encontraba en la misma posición, sin un ápice de miedo en el rostro. Abrió los ojos al sentir los rayos del sol, saludó desde el interior de la burbuja de cristal y acero a los sorprendidos marineros y al asustado capitán del Lomonosov, que le había tomado aprecio al joven español.

Regresó a la casa de sus padres quienes respiraron aliviados, pensando que finalmente sentaría cabeza y comenzaría a asumir el puesto que le correspondía en la sociedad.

Al cabo de unos días apenas podía aguantarse dentro de la casa. Entró en la biblioteca, se sentó en un butacón frente al buró que llevaba siglos en su familia. Pasó la mano por la oscura madera y sin querer, activó un mecanismo oculto que abrió una pequeña gaveta, una agenda de tapas de cuero rojo llamó su atención.

— << Agustín Enríquez Iturralde, Conde de Rocanueva. >> —leyó en silencio. — << Es el diario de mi abuelo. >>

Manuel recordó, como su padre lo comparaba con el viejo Agustín, quien había recorrido casi toda Suramérica en busca de un misterio que nunca quiso revelar, hasta que desapareció una tarde de octubre sin dejar rastros.

<<El Conde de Rocanueva fue secuestrado y asesinado por bandas de narcotraficantes en las selvas de Suramérica. >> —dijeron los titulares de los diarios

Se encerró en su habitación y comenzó a leer ávidamente. Lo que descubrió lo llenó de sorpresa y de nuevas ilusiones. A partir de aquel día comenzaría la investigación de su vida. Seguiría los pasos perdidos de su antecesor, hasta llegar a comprobar si los apuntes y dibujos del pequeño manuscrito, conducían realmente hasta el lugar que el viejo describía con letra menuda y precisa.

— Mi abuelo no fue asesinado y lo voy a demost

Dejó una nota de despedida para sus padres, llamó a sus antiguos colegas del barco ruso y partió hacia el cono sur. En el momento de bajarse abrazó al capitán.

—Si no regreso, es porque estaré contemplando un mundo mejor, camarada Nikolai.

Emprendió su recorrido desde las rojas arenas de Santo Domingo. Miró hacia el mar y se sonrió.

— <<No era en el fondo del mar, Manuel. >> —dijo para sus adentros y partió hacia su destino.

Recorrió casi todo el continente entre ruinas antiguas y caseríos sin nombre, entre junglas pobladas de fieras y desiertos de rocas calcinadas por sol. Las huellas de su abuelo desaparecían y aparecían entre el polvo. Las últimas páginas del diario lo llevaron hasta un lugar recóndito. llegó hasta una choza de color ocre. Un viejo árbol sin hojas se apoyaba en una de las paredes y cactus de gruesas espinas crecían en el terreno seco y despoblado.

En el interior de la vivienda un anciano fumaba su pipa. Le indicó un asiento en el suelo, en el momento en que Manuel abrió su boca para hacer una pregunta. Soltó una bocanada de huma y lo miró con unos ojos que parecían de siglos.

— Ha recorrido muchas millas persiguiendo un sueño, señor Manuel,

— ¿Dónde está mi abuelo, el Conde de Rocanueva? Sé perfectamente que no está muerto y también sé quiénes son ustedes. He encontrado todas las pistas, he desentrañado todos los acertijos.

El viejo sonrió ante la perspicacia del joven.

— Bien, muy bien. nos ha demostrado que puede ser parte de nuestros planes para este mundo ¿Está dispuesto a seguirnos? ¿Está listo para encontrarse… ¿Con su abuelo?

—Lo estoy —respondió con firmeza.

El viejo le extendió un frasco, el joven bebió y cerró los ojos. Cuando despertó flotaba en el espacio. Las estrellas brillaban a su alrededor. La nave nodriza abrió sus puertas y Manuel penetró en el interior. El camino hacia su nueva aventura estaba por comenzar.

¿Continuará?

TERTULIA POÉTICA

Buscando

Por Michel Pérez Pino

Vuelvo a pasar sobre tus ojos.

Tu rostro se confunde entre otros rostros

cansado de buscarte,

luego te encuentro en el eclipse de la borrasca.

Adivino tu voz,

temerosa de la espiral que devora la noche.

Te llamaré muchacha porque no sé tu nombre,

mi palabra profana no se atreve

a pedir más que contemplarte.

Te busco sin saberlo,

como detective del alma.

Escudriño los secretos.

El eco de tu mirada

se pierde en el abismo de mis letras.

Apenas te diviso,

tu imagen rompe los pedazos

Quisiera

Por María Méndez

Quisiera deslizar mis dedos morenos
en tus mejillas rosadas
mirar el almíbar,
tus ojos claros.

Quisiera ser dueña
de tus besos de miel
entrar en el umbral,
de tu corazón marfil.

Mi pecho es una vid
en tus motas de algodón
mi dermis, lecho de pétalos.

No me pidan que le olvide
llevo su nombre tatuado en mis cienes
y su sonrisa en mis pupilas.

A DOS VOCES, UN SOLO VERSO

Mi locura

Quiero embarazarte con mi locura
pero de colores de alegría, esperanza y contención
que mitiguen ese dolor que hoy sientes en el alma

Se forjan en la penumbra de la intimidad
en delirios apasionados donde tu piel y la mía
se entreveran con un simple te quiero y el lenguaje corporal
de nuestros cuerpos sudados por el fuego.

Tu mente y la mía inventan juegos de pasión
que me dices en un susurro al oído, palabras dotadas
del alto voltaje erótico que derretirían las aguas de la Antártida.

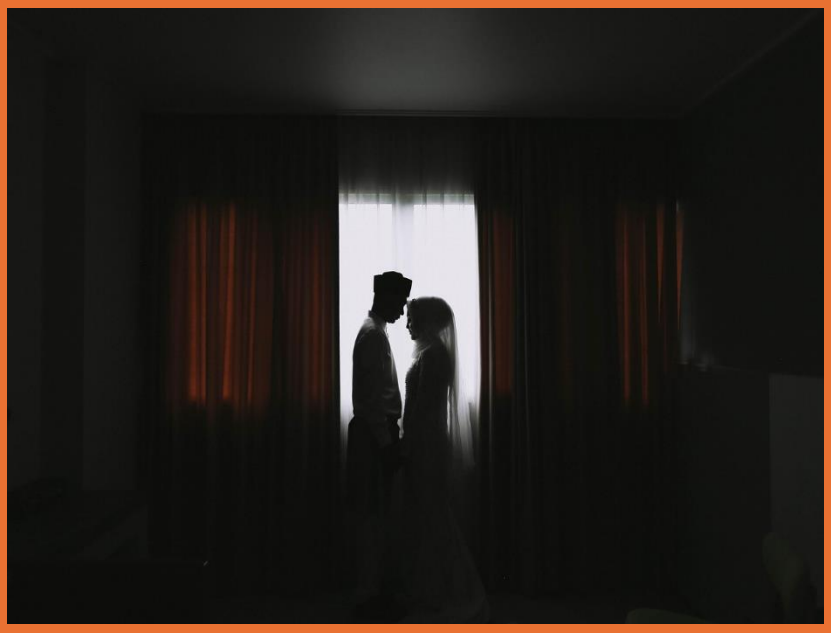
Tus suspiros y gemidos acompañados de los míos rompen el silencio
tus besos dulces como el melocotón empalagan mi corazón
tu eres mi ave proveniente del otro lado del mar
que te has posado en mi cuerpo sin ropa, para darme amor reciproco
en esta noche de mayo.

Ariel Sosa Mansilla

Mi locura

Mi locura
se embaraza
de silencios,
de colores
que duelen.

Nace en sombras,
en amores,
en delirios
que se escapan
de mi piel.



Mi mente
es un juego,
una caja
de ideas
que no callan.

Un suspiro
la despierta.
Dulce y amarga
como fruta
que no muere.

Vuelan aves
sobre mí.

Me contemplan

desde lejos.

Yo no alcanzo

su cielo.

No sé volar.

Yari Morales

Copyright © 2026 Reino Olvidado Todos los derechos reservados

Los personajes y eventos que se presentan en este li son ficticios.

Cualquier similitud con personas reales vivas o muertas es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de

recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del autor.

Impreso en Argentina